

EL SÉPTIMO CÍRCULO

**MINUTO
PARA
EL CRIMEN**

POR
NICHOLAS_BLAKE



Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, en un inexistente Ministerio de Moral, el investigador Nigel Strangeways deberá encontrar al asesino de una compañera de trabajo. Nita ha sido envenenada durante una reunión y la situación de «cuarto cerrado» obliga a considerar que el asesino fue uno de los presentes en la sala, quien puso el veneno en la taza de café de la víctima a la vista de todos. La desaparición de un archivo secreto y el descubrimiento de un amante de Nita van complejizando la dilucidación del caso.

MINUTO PARA EL CRIMEN

Nicholas Blake

CAPÍTULO I

Se abre un nuevo renglón

La encargada de la limpieza, que estaba arrodillada, se irguió, recogió el balde, el cepillo, el escobillón y se dirigió hacia la puerta. Allí, como de costumbre, se volvió, sonrió y dijo:

–Bueno, señor Strangeways, pórtese bien –como lo hacía siempre antes de llamar a la oficina del director.

La señora Smith se sentía muy superior desde dos años atrás cuando un actor popular dio una charla radial sobre ella, diciendo que era una fregona de rodillas gotosas y corazón de leona, que limpiaba las oficinas gubernamentales mientras las bombas silbaban a su alrededor y que representaba a todas las indomables fregonas de Gran Bretaña, que cumplían sus tareas con el alma destrozada y una picante broma arrabalera en los labios. Desde entonces, la señora Smith consideró el elogio como un tributo personal, y trató a los caballeros representantes del gobierno con natural camaradería cuando se trataba de altos empleados, y con cierto desdén cuando eran de inferior categoría.

Nigel Strangeways, como de costumbre, sopló el polvo acumulado sobre su escritorio y arrojó por la ventana las colillas de cigarrillos del día anterior. Eran las nueve de la mañana. Le gustaba empezar temprano el trabajo, antes de que el teléfono o sus colegas pudieran interrumpirle. Hasta las diez el Ministerio de Moral permanecía silencioso, exceptuando los golpes de las señoras Smith, y los furtivos deslizamientos de algunos jóvenes empleados con-

cienzudos, todavía no afectados por el amodorramiento moral que se había apoderado de todos a partir del día de la victoria. Nigel sacó un montón de fotografías cuyas leyendas habían sido redactadas por Brian Ingle.

RÁPIDOS E INEXORABLES COMO FLECHAS DISPARADAS POR LA MANO DE NÉMESIS –LEYÓ– ESTOS AVIONES «SPITFIRES» VIGILAN LAS CONCENTRACIONES DE TRÁNSITO ALEMANAS EN LA ZONA AÉREA DE GELSENKIRCHEN.

Cambió «vigilar» por «atacar». Escribió al margen: «Las flechas no se disparan con la mano». Examinó la fotografía correspondiente al comentario y escribió: «No son Spitfires sino Typhoons». ¡Pobre Brian, pensó, siempre terriblemente impreciso, siempre incurablemente romántico, siempre perdido entre palabras inapropiadas o metáforas confundidas!... Pero ¿cómo prescindir de él? ¡Pobre Brian, llevando a las tareas informativas, después de cinco años, el mismo entusiasmo abundante e indiscriminado que antes de la guerra lo convirtiera en audaz y nuevo periodista del Sunday Clarion! Jimmy estuvo muy bien al darle este trabajo. Y Jimmy era hábil en la elección de empleados. Por ello era un director de primera categoría.

–No –había dicho firmemente al comienzo–, no quiero propagandistas en mi División. Quiero gente que crea lo que dice. No podemos vender distraídamente esta guerra al público.

Y tenía razón. Cuando Brian Ingle informaba al público que una escuadrilla de Spitfires, o de Typhoons era un montón de flechas lanzadas por la mano de Némesis, la gente creía en sus palabras y la respuesta apropiada se repetía: una guerra justa. Nigel tomó su goma y borró: «Las flechas no se disparan con la mano».

Se abrió la puerta. Entró un mensajero con los brazos cargados de carpetas y de cartas. Miró desesperadamente

alrededor y luego, con paso de sonámbulo, se dirigió al escritorio de Nigel; colocó parte de su carga en la canasta para correspondencia y afirmó, fatigosamente, que era un hermoso día para esa época del año. Como de costumbre, Nigel pasó los papeles de la canasta a su carpeta. Admitió que era una hermosa mañana y miró por la abertura del opaco material que el Departamento de Trabajo había puesto en el marco de la ventana cuando una bomba hizo saltar el vidrio.

–Todavía no hemos visto ni la mitad –afirmó sombríamente el mensajero.

–¿La mitad de qué?

–Recuerde lo que le digo, señor. Cuando venga la paz, la paz verdadera, como diríamos, habrá un quios en este país, un verdadero quios.

Nigel tradujo rápidamente «caos».

–¿Por qué supone eso? –preguntó.

–Salta a la vista. Millones de jóvenes han aprendido a matar... con bastante arte. Piense en los comandos y demás, atacando, destripando con un fusil como... Bueno, al regreso, ¿qué encontrarán?

–Un quios –dijo Nigel involuntariamente–. Es decir...

–Usted lo ha dicho. Encontrarán que la señora se les ha fugado con algún tipo; o un par de agregados en la familia; o un fulano sentado cómodamente en la oficina que era suya... ¿Qué haría usted en este caso? Está claro. Se disparan unos balazos. La violencia engendra la violencia, como dice el condenado Aldous Huxley. Millones de hombres. Después de mi guerra –prosiguió el mensajero, señalando las cintas de una medalla de los años 1914-18, que llevaba sobre su uniforme azul marino–, fue diferente. Estábamos hartos de matar. Teníamos bastante con la matanza hecha, queríamos una vida tranquila. Estábamos abrumados. Usted creerá que es duro de mi parte el decirlo, señor, pero en esta guerra no se ha matado bastante. ¡Diablo, no! Escuche mi opinión.

Después de diez minutos de análisis social, el mensajero se inclinó perezosamente ante Nigel y salió dejando caer al trasponer la puerta un gran sobre con la inscripción en tinta roja: «Muy secreto», dos carpetas y un sobre rosado, a nombre del señor James Lake, del que emanaba un perfume muy poco oficial. Llamando al descuidado mensajero, Nigel volvió a colocar el gran sobre y las carpetas entre sus brazos. Pero decidió entregar él mismo la carta: esto le daría pretexto para charlar con «Nuestra Rubia».

Nuestra Rubia, como se apodaba a la secretaria privada del director, Nita Prince, en toda la extensión de la División de Propaganda Visual, representaba a esta propaganda visual en toda su fuerza y mareante realidad. Reunía en su persona, como decía el especialista Merrion Squires, la cruda atracción de los cartelones, el misterio del isotipo, el deslumbrante brillo de los retratos de un estudio fotográfico y la dorada mediocridad de las frases de Brian Ingle. Siguiendo la tradición de la División de Propaganda Visual, Nita escondía una elevada eficiencia bajo una estudiada vaguedad, falta de formalidad y aparente descuido. Cuando Nigel entró, ella revisaba desesperadamente una canasta repleta de documentos, mientras su rubio cabello le caía sobre la cara.

—¡Hola, Nita!

Ella se irguió junto al escritorio: era una criatura alta, de suaves miembros. Ofreció a la vista de Nigel la belleza total de sus retoques matutinos.

—¡Oh, es usted! —dijo ella—. Mire esta canasta. A veces me pregunto cómo podemos seguir adelante.

—Seguimos adelante porque el pueblo inglés, después de haber desenvainado la espada, no volverá a envainarla hasta que, hombro a hombro con nuestros valientes aliados, hayamos arrancado la última cabeza de hidra del agresor totalitario.

–Si quiere usted conocer mi opinión le diré que no envainamos la espada porque es mucho más difícil envainar que desenvainar... fíjese cuán difícil es hacerlo en el teatro. ¿Qué lleva usted allí?

Nigel mostró el perfumado sobre rosado. –Otra carta amorosa para el jefe. El viejo Kirby la dejó caer en mi oficina.

El deslumbrante rostro de Nita Prince no reveló ninguna emoción, ni siquiera esa leve expresión satisfecha que revela a una mujer confiada en su fuerza contra todas las competidoras. Iba a tomar la carta, cuando sonó el teléfono que tenía sobre su escritorio.

–¡Hola! División de Propaganda Visual. Sí. No, el director está en una conferencia. Lo siento. Soy la secretaria. ¿En qué puedo serle útil?... ¡Ah!, ¿el señor Snaith? Buenos días.

Nita Prince giró los ojos hacia Nigel en una mirada de largo sufrimiento y, alejando el receptor de su oreja, buscó un cigarrillo en su cartera. Nigel le dio fuego. En el teléfono una voz rezongaba y murmuraba.

–Bueno –dijo Nita, cuando esta calló un momento–, nos apresuraremos todo lo posible con su pedido. Podremos entregárselo dentro de una semana.

Un rumor de tormenta respondió desde el receptor telefónico.

–Sí, nos damos cuenta de su urgencia. Lamento que haya debido esperar tanto –respondió Nita, con voz de miel derretida–, pero hemos tenido dificultades con unas fotografías; el censor no las ha entregado aún... ¿Cómo?... No, el censor naval. Su censor, señor Snaith –Nita sacó la lengua al invisible señor Snaith, momentáneamente silencioso. Pero los truenos se renovaron.

–¡Oh, eso es otra cosa! Realmente debía hablar de ello con el jefe de la Unidad Editorial. Nigel se dirigió a la puerta.

—¿Que él es un charlatán incompetente? ¡Por favor, señor Snaith! Quizá usted desee hablar con él... se halla ahora en la oficina... ¿No?... Bueno, lamento mucho, pero el director se encuentra muy ocupado hoy. Veamos... —sin prestar atención a su libro de anotaciones, Nita enumeró todas las ocupaciones del director—. Hoy no es posible... y mañana... Oh, ¿usted no puede mañana? Bueno, quizá sea mejor no hacer nada. Puede usted tener confianza en el cumplimiento de nuestros compromisos estipulados... Sí, marcha muy bien. Los mayoristas han ordenado ya 700 000 ejemplares, y lo estamos traduciendo a seis, no, a ocho idiomas extranjeros... Sí, lo mantendremos bien informado. Adiós, señor Snaith.

—Es usted una máquina humana de calcular —dijo Nigel. Y añadió, sintiendo que la frase no era muy halagadora—: No comprendo cómo puede usted recordar todas esas estadísticas de memoria.

—No olvido nada. He nacido así.

—¿Para qué molesta Snaith?

—Quiere el nuevo trabajo de las series del Pacífico. ¡Viejo idiota! Deberían retirar a esos oficiales de Relaciones Públicas. Y Snaith es el peor de todos. Por el teléfono parece un moscardón zumbando y, cuando viene aquí, produce dolor de estómago.

—Si yo fuera un marino destacado en el Pacífico —dijo Nigel soñadoramente— no querría un folleto lleno de fotografías de chozas de bambú, de cacharros con historias melanesias y de indicaciones de cómo tratar bien a los nativos. No: pretendería más bien un folleto con grandes retratos de muchachas despampanantes como usted.

—Entonces es mejor que discuta sus nuevas ideas con Jimmy —dijo Nita, sonriendo suavemente—, y desearía que se fuera. ¿No tiene ningún trabajo que hacer? Deme antes esa carta.

Nigel arrojó la carta sobre el escritorio. Al llegar a la puerta se volvió. Nita miraba la carta sin tocarla con expre-

sión helada, como si una venenosa araña tropical hubiera aparecido súbitamente sobre su escritorio. Evidentemente evitaba tocarla. Sus dedos se mantenían rígidamente crispados sobre su falda.

–No la morderá –dijo Nigel desde la puerta.

Nita Prince se sobresaltó.

–¡Demonios, Nigel! Entre y salga correctamente. No puedo soportar que la gente se detenga en las puertas... Perdón. Estoy muy fastidiada esta mañana... ¡Ese asqueroso Snaith!

Eso no, pensó Nigel: ha estado usted tratando con Snaithes durante seis años sin alterarse en lo más mínimo. Está nerviosa por la carta. Y usted no ha abierto la carta. Y, como no la ha abierto, lo que la altera es la letra del sobre. Alguien que no debía escribir ha escrito a Jimmy. ¿Tal vez alguien del pasado? Bueno, no pensemos más en ello. No es asunto mío.

Pero la inveterada curiosidad de Nigel sobre la vida del prójimo no lo dejó en paz. Era la primera vez que veía a la deslumbrante y conquistadora Nita terriblemente conmovida. Ni siquiera durante el verano del año anterior, cuando las bombas silbaban tan frecuentemente como un tren suburbano en el Ministerio de Moral, y el piso más alto del edificio se sacudía por las explosiones, había dejado Nita de permanecer en su escritorio, contando los minutos, tranquilizando a la gente inquieta que telefoneaba, y envuelta en su aura de invulnerabilidad.

–Una bomba inteligente –había dicho Merrion Squires – lo pensará dos veces antes de dar una cita a Nuestra Rubia.

Pero Squires, según era él mismo el primero en reconocerlo, no creía en las rubias.

De regreso a su oficina, mientras miraba mecánicamente un proyecto de folleto titulado Historia de guerra por nuestros amigos de cuatro patas –que había sido enviado al Ministerio por un entusiasta amigo de los anima-

les, con la súplica de que el folleto fuera publicado a expensas del gobierno, con todos los comentarios («Tengo en mi poder unas deliciosas instantáneas de mi perrito "Mopkins" que ha estado en servicio activo durante todos los ataques aéreos, ladrando siempre para prevenirme, cuando las sirenas se callaban»)—, Nigel pensó cuán poco conocía sobre la vida de sus colegas. Desde 1940 hasta unos meses atrás todos habían trabajado desesperadamente de diez a catorce horas diarias. Todos trabajaban, con excepción de Edgar Billson, uno de los empleados civiles permanentes, que conocía sus derechos y partía, con su galera, todas las tardes a las cinco. Pero, trabajando de aquella manera año tras año, aunque los compañeros de trabajo sean tan familiares como la esfera de nuestro reloj, sabemos tan poco sobre sus vidas privadas como sobre el interior del reloj, cuando este marcha perfectamente. Se sabía, por ejemplo, que Merrion Squires desconfiaba de las rubias; que Brian Ingle tenía el corazón débil; que Edgar Billson vivía en Pinner; que Jimmy Lake estaba casado con una muchacha simpática y tranquila que le hizo sentar cabeza. Pero ahora que lo peor había pasado, aquellas pequeñas informaciones no bastaban a la curiosidad de Nigel.

Por ejemplo, ¿era Nita Prince amante de Jimmy? La División, en general, creía que lo era. Pero Nigel había estado demasiado ocupado para averiguar y demasiado cansado para que esto le importara realmente. ¿Tenía acaso Brian Ingle, que la trataba como si ella fuera el Santo Grial, idea de cómo era Nita verdaderamente? ¿Acaso lo sabía Nigel? ¿Y por qué Harker Fortescue, que normalmente era un hombre de reacciones directas y de palabra ruda, no lograba disciplinar a Merrion Squires, quien, frecuentemente, lo trataba con falta de respeto frente a los empleados menores? ¿Y era Edgar Billson tan pomposo en su casa como en el Ministerio?

«Comenzaré un nuevo archivo, se dijo Nigel; un archivo secreto: el archivo de la División. En los pocos meses que me restan al servicio del gobierno, veré cuanto puedo averiguar sobre mis colegas. Y anotaré todo en mi archivo secreto. Y el día que me vaya lo quemaré. Esto me pondrá al día. Porque puede llegar la hora en que nuevamente me encuentre enredado en el crimen. ¡Que Dios no lo permita!».

Entró a verlo, en ese inspirado momento, Brian Ingle. Era un hombre pequeño, gordezuelo, más bien rubio, que daba siempre la impresión de trotar en la vida. Trotando se acercó al escritorio de Nigel, y lo único que le faltó fue menear la cola.

—¡Ah, sí! Sus comentarios —dijo Nigel. Los ojos pardos de Ingle brillaron en una especie de entusiasmo—. He sugerido uno o dos cambios. ¿No son Typhoons esos aviones? Además...

—Claro, claro —interrumpió Brian Ingle sin aliento—. ¿Pero le gustan? En conjunto, ¿cree que están dentro de la línea requerida? ¿No le parece que son un poco... retóricos?

—No, están muy bien... con los cambios que he sugerido —dijo Nigel con firmeza.

Sabía por experiencia que Brian Ingle se enamoraba de sus propias palabras. De todas sus palabras. Por siempre jamás. Era capaz de volver a ponerlas en la última prueba. Entre él y Nigel se había establecido una especie de juego: Nigel había inventado un complicado procedimiento para controlar las pruebas finales, en gran parte con el fin de impedir las maniobras de Ingle.

—Lo que me sorprende es su entusiasmo. Ingle se inclinó sobre el escritorio de Nigel. —¿Entusiasmo?

—Sí. La guerra con Alemania ha terminado, pero usted escribe los comentarios con el sagrado fuego de 1940.

—¿Se burla usted de mí?

—No. Pero quiero decir que, hoy por hoy, nadie puede interesarse en los temas del día de la invasión. Son temas muertos. El público está harto de relatos, fotografías, exhibiciones y películas sobre la guerra. Nosotros seguimos produciendo solo porque los Servicios Departamentales no pueden vencer su afán de publicidad... un afán que nosotros, lo reconozco, hemos sido los primeros en provocar. O tal vez, no pueden dejar de gastar unas buenas toneladas de papel a la antigua manera y... ¿qué estaba diciendo?

—No le conviene que Jimmy lo oiga hablar así —dijo Brian riendo—, pero, sinceramente, si desea saber por qué continúo poniendo todas mis energías en un trabajo que ya es solamente un montón de papel, le diré que... eso del papel es una metáfora apropiada... Bueno, me divierte escribir. Me divierte escribir cualquier cosa.

Ingle había pronunciado esta revelación después de una larga y silenciosa pausa de incubación o examen, que contrastaba curiosamente con sus maneras habituales, rápidas y bruscas. El corazón de Nigel se conmovió ante el hombrecito. Decidió ser ultrajantemente indiscreto.

—Acaso después de haber movido cielo y tierra para ser admitido en el ejército, y después de haber sido rechazado en cada examen médico, creyó usted que lo mejor que podía hacer era matarse aquí con el trabajo.

Brian quedó pacificado un momento, con la turbación característica de los ingleses al escuchar tales intimidaciones. Después estalló inesperadamente:

—¡Oh, tonterías! Y eso se aplica a cada uno de nosotros. El hecho es que poseo toda la energía de un escritor, menos el talento creador: curiosidad, exuberancia, iniciativa... todo lo necesario. Pero no puedo inventar. Por eso me convertí en crí... en periodista. Por eso escribo ahora brillantes informes: las fotografías proporcionan la inventiva, las ideas. Y yo tejo los comentarios.

Hubiera correspondido a Nigel sentirse ahora turbado, si esa reacción fuera en él posible. Pero su costumbre de contemplar el comportamiento de los hombres con absoluto desprendimiento, sin colorearlo jamás con sus propias emociones y prejuicios, impidió esto.

–Usted debería casarse –prosiguió.

Hubo otro de los interminables y cargados silencios de Ingle. Pareció estudiar la sugerencia desde todos los ángulos, mientras una mirada abstraída inundaba sus ojos pardos. Quizás estaba nuevamente turbado.

–«Recuerda a tu Creador en los días de la juventud» –respondió finalmente–. Tal vez tiene usted razón. El inconveniente es que mis aspiraciones son muy elevadas en ese sentido. Lo contrario de mi periodismo, como dirían los intelectuales –añadió, torciendo la boca.

Parecía a punto de revelar más intimidades cuando la puerta se abrió de golpe, como si una bomba hubiera estallado en el corredor, y Pamela Finlay, la ayudante de Nigel, se precipitó en la oficina.

–¡Buenos días a todos! Lamento haberme retrasado, Strangeways. Estuve en el consultorio del dentista. ¡Uf... qué sofocación!

Pasó corriendo junto a Nigel, mientras los papeles volaron de encima de los escritorios, de modo que la estrecha oficina pareció el corredor de un tren expreso y abrió de golpe las dos hojas de la ventana. Allí aspiró vigorosamente el aire y realizó unos rápidos ejercicios respiratorios. Brian Ingle trotaba en el despacho, recogiendo papeles.

–Realmente creo que debería comprar una de esas cañas puntiagudas que usan los limpiadores de parques –dijo Nigel suavemente–. Quisiera ser cuidador de parques.

–Aquí están sus hojas de Vallombrosa, señorita Viento del Oeste –dijo Brian, con cierta reserva.

–¿Vallom...? ¡Oh, otra vez los intelectuales! Es una cita de Shelley, ¿verdad? ¡Bueno, a trabajar!